



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE OCTUBRE DE 2017

Carlos Alejandro / Olga de León

## Sueños de gigantes y robots

EL GIGANTE RENEGADO  
CARLOS ALEJANDRO

“¿Cómo será la sociedad del futuro?”, se preguntó el Gigante frente al cuadro que miraba en el museo. “No sé”, se respondió de manera franca y continuó: “Pero debe haber mucho más, en una imagen, de lo que representa”. Estaba citando a un hombre, a un conocido historiador de arte de quien leía un libro en esos momentos, pero no fue consciente de ello. “Debe haber pinturas que son metáforas de otros conceptos, o de ilusiones, o incluso del futuro”.

El Gigante gustaba de construir nuevas mitologías a partir de héroes conocidos, donde un gigante podía poner en predicamento a otro por lo que hubiera dicho, o por lo que hubiese opinado frente a Dios, en alguna de las reuniones de Consejo. Y a partir de ello, soñaba con la paz mundial para los Gigantes y con la unificación de religiones. La historia de su reino le parecía llena de moralejas: “No cambiar de rumbo drásticamente, ni realizar las cosas de manera muy distinta a la que regularmente se hacen”, por ejemplo, era una lección que se desprendía del fracasado intento de su antiguo Rey por cambiar la religión del pueblo de gigantes. Una transformación efímera, pero que alcanzó a reflejarse en el arte de su época, como en la pintura que admiraba frente a sí en esos momentos.

Cuando sintió que satisfacía su curiosidad frente al cuadro, abandonó el museo. Se dirigió a una papelería para comprar una pluma y luego al café a cumplir una de sus cotidianidades de maestro: revisar exámenes de Gigantes. Concluyó temprano. Saco su libro y leyó un capítulo más sobre la Historia de la Civilización de los Gigantes: un que trataba sobre Zeus, Gaia y el Tártaro. Una hora después, sintió que se le agotaba la vista, salió de la cafetería rumbo a la Cineteca y compró un boleto. Sus piernas de serpientes se tambaleaban de un lado a otro hasta que ocupó su asiento. No pudo centrar su atención en la película que presenciaba: Porphyrión en la revancha contra Heracles. Seguía pensando en la unificación de religiones. Quería exterminar la idea de que el hombre finalmente se libera cuando vence a los Gigantes.

Entonces, la idea le llegó como un chasquido, como una agitación de vibras en las piernas. Debía dejar de creer en su pasado. Su futuro no tenía que coincidir con la historia ni estar marcada por ella. Recordó la imagen que admiraba en el museo: La multitud en la ciudad, los rascacielos negros y sus luces blancas; muchedumbres y laberintos de protestas en las calles. La solución estaba ahí. Debía formar un sindicato o un partido, lo que fuera para organizar protestas contra Dios: por haber inventado tantas religiones donde los Gigantes representaban la maldad y eran el objetivo a vencer por los hombres.

Al regresar a la universidad, envió un correo electrónico masivo a profesores y alumnos. Se suspendía la clase de Historia de la Civilización de los Gigantes hasta nuevo aviso. Mientras tanto, emprendería la tarea de redactar un nuevo texto de Historia. Uno en el que no habría David contra Goliath, ni Cíclopes,



ni Efiltes; sino solo gigantes capaces de congelar ejércitos con la mirada, de hipnotizar a las aves con su canto, y que ayudarían a los hombres a conquistar todas las montañas... pero luego de enviar el mensaje, se preguntó: ¿será una transformación efímera?

EL SUEÑO DE UN ROBOT  
OLGA DE LEÓN

-¡La vida es tan corta! Y nadie lo sabemos plenamente, hasta que nos queda poco tiempo para vivir. Después de los sesenta, entendemos de qué se trataba todo este barullo que nos envolvió día tras día, sin que nos percatáramos del desperdicio que estábamos haciendo, habíamos hecho, y quizás aún seguimos haciéndolo con nimiedades, luchas fútiles, carreras contra reloj por llegar a una meta que ni siquiera nosotros en plena conciencia decidimos. O, tal vez, nunca nos impusimos metas, solo fuimos con el ritmo de las circunstancias, de los devenires de la vida y el azar de un destino que jamás cuestionamos ni abandonamos, porque pensamos que “así nos tocó vivir”: caminando como robots que tienen algo que hacer, y nunca entienden por qué, ni para qué.

-¡Demasiada verborrea! —pensó, repasando su reciente monólogo; aunque nadie estaba escuchándola, ni ella había pronunciado palabra alguna. Todo se quedó en ideas, que no vieron la luz del mundo. Eso era lo que le gustaba de estar sola. Podía hablar en silencio: pensar, y nadie lo sabría. El mundo seguiría creyendo que solo era una “cabeza hueca”: no replicaba, no se enojaba ni protestaba por las tareas que tuviera que realizar, fuera que le tocara a ella hacerlas, o no; en el fondo, muy en el fondo, sospechaba que era un robot o el clon de un ser pasivo.

Revivió con su ilusión de adolescente que se soñaba escritora, justo

ese día en el que amaneció en su cama, tirada boca arriba, tal como siempre lo hacía cuando iba a dormir: así se acostaba y así amanecía. Sin embargo, se sintió una máquina a la que alguien debía levantar por teléfono cada mañana, mientras en las noches escribía historias que jamás publicaría.

El día había sido distinto y también su despertar. Ni siquiera recordaba a qué hora se cepilló los dientes y se fue a dormir. Era como si no hubiese dormido, como si recién se hubiera recostado, pensando solo Dios sabe en qué; no, definitivamente no lo había dormido. Y no podía ser de día, si apenas acababa de subirse a la cama. Quiso dormir: no pudo. Se quedó muda boca arriba; cerró sus ojos y fue a esperar que algo diferente y hermoso saliera de su cabeza, para crear un cuento. Nada aparecía. La mente en blanco. Las historias del día habían sido tan aburridas. La gente no se da cuenta, pero cada día, ella y todos parecen cada vez, más autómatas.

Hasta el día en que olvidó quién era, si vivía o no. Olvidó el significado de ser. Y no obstante, se pregunta: ¿soy yo, o soy otro; cómo saberlo? Tenía que existir alguna pista para cerciorarse de su existencia, primero, y de su identidad, luego.

El reloj en la pared se había detenido; el del radio-despertador, también. Se levantó —o eso creyó hacer— y fue donde su celular, vio la pantalla totalmente negra, no tenía vida, aunque el enchufe de su cargador estaba perfectamente conectado a la pared, por un lado y al orificio bajo el botón de encendido, por el otro.

¿Qué sucedió mientras dormía? ¿O dormía ahora? No pudo contestar. La duda empezaba a inquietarla: estaba allí o era el clon de su personaje. Quiso levantarse de la cama y no lo consiguió. Pensó en abrir sus ojos... pero, los tenía

abiertos, completamente abiertos. Giró el cuello hacia la derecha, luego a la izquierda y comprobó que al menos ese movimiento podía controlarlo. Enseguida intentó mover los pies, solo los pies, del tobillo hacia los dedos; hizo un tremendo esfuerzo, la agotó, y no movió ni un dedo: ¿habría sufrido un ataque mientras dormía?

Y sola se contestó: -pero, si no dormí, sigo acostada, la luz del día entra tras las persianas medio abiertas y se cuele por la delgada cortina; lo sé, lo veo. ¿Acaso me acabo de acostar? Eso, eso era lo que sucedía, se quedó escribiendo toda la noche y no pudo conciliar el sueño cuando por la mañana quiso dormir un poco.

El sonido del teléfono la volvió a la cordura, que no obstante no creía haber perdido. Alcanzó con el brazo derecho el auricular y lo colocó del lado de su oreja también derecha; al menos esa fue una hazaña que sí pudo realizar

-¡Hola!

-Sí, hola; ¿sigues en cama?

-¿Cómo lo sabes?

...¿qué?, ¡por la voz!, se te oye entre sábanas y gangosa: justo: recién levantada, o mejor dicho, ¡sin salir de la cama! Vamos, perezosa: arréglate rápidamente. La junta empieza en menos de una hora.

-Ella: ¡perezosa! Como se atrevía a llamarla así; nadie podía pensar eso de ella: la actividad era su motor; la vida su carrera; el trabajo, ¡su pesadilla! Pero una pesadilla que amaba realizar cada día; sin él, no tendría sentido vivir. Nació para eso: vender botones de todos los tamaños, materiales y colores, en la mercería “La única”, y ella era la encargada de todo, desde que la abuela murió. La anciana nunca sospechó que esta historia la sacarían de un metálico cerebro. Ni que le estaba heredando: una eternidad: la de vivir como robot.



Remedios Varo

María de los Remedios Alicia Rodriga Varo y Uranga, mejor conocida como Remedios Varo nació el 16 de diciembre de 1913, durante uno de los muchos viajes que hacía su familia, debido a la profesión de su padre como ingeniero hidráulico, los cuales con el pasar de los años, dejaron huella en ella.

En 1917 se establecieron en Madrid, lugar donde Remedios comenzó a frecuentar la lectura, consultando libros científicos de su padre y su hermano mayor, así como desarrolló gran capacidad de perspectiva, matemáticas y pasión por el dibujo profesional.

Luego de llevar a cabo estudios básicos, Remedios ingresó a la famosa Academia de San Fernando en Madrid, en la que tuvo como profesores a los pintores Manuel Benedito (1875-1963) y Julio Romero de Torres (1874-1930).

Al graduarse de la Academia, participó en una exposición colectiva de la institución y en otra de dibujos organizados por la Unión de Dibujantes de Madrid, así como contrajo matrimonio en San Sebastián con su ex compañero de escuela Gerardo Lizárraga

En 1932 llegó a Barcelona, donde trabajó en la casa de publicidad Thompson y comenzó a relacionarse con artistas de la vanguardia como con los pintores españoles José Luis Florit (1909-2001),

Oscar Domínguez (1906-1957), así como con Esteve Francés (1913-1976), con quien estudió en la Plaza Lesseps.

Fue justo en ese año, cuando se sitúan sus inicios en la estética de la vanguardia y el surrealismo, de lo que surgieron las obras “Lecciones de costura” y “La pierna liberadora de las amebas gigantes”.

Cuatro años más tarde participó en la exposición “Logicofobista” en Barcelona y, desde entonces, se acercó a los componentes del surrealismo francés.

Fue durante la Guerra Civil (1936-1939) que conoció al escritor francés Benjamín Péret (1899-1959) con quien tras tener una vida en común en España, marchó a París, donde participó en las reuniones y exposiciones surrealistas, pero tras la invasión del ejército alemán, se exilió en México en 1941.

Asimismo, Remedios junto con Esteban Francés colaboraron con el pintor francés Marc Chagall en el vestuario para el ballet Aleko que se estrenó en el Palacio de Bellas Artes. Entre sus cuadros, destacan “Insomnio” (1942-1947), “Modelo de traje para vagabundo” (1957) y “Vampiros vegetarianos” (1962).

Sus últimas pinturas fueron “Naturaleza muerta resucitando” y “Música del Bosque”, el cual no pudo culminar debido a un fatal paro cardíaco que le arrebató la vida el 8 de octubre de 1963

ad pēdem literae

“El fracaso es una gran oportunidad para empezar otra vez con más inteligencia.”

Henry Ford

Letras de buen humor

“Los médicos como la cerveza, mejor cuanto más viejos.”

Thomas Fuller

Joana Bonet

## De la cárcel a la pasarela

El punto de vista es la madre del cordero. Lo que define la mirada, de cerca o de lejos, esquinada o frontal, envenenada o buenista. Los entresijos del procés están siendo contados con tanta divergencia que ya nadie cree del todo lo que sucede. Lo dejó bien dicho Ortega y Gasset: “hay tantas realidades como puntos de vista. El punto de vista crea el panorama”. Con una prima que vive en la capital evocamos aquellos días en que quedábamos tan bien siendo catalanas en Madrid, aunque siempre se nos ubicara en el puente aéreo. Muchos madrileños continúan creyendo que vivo en Barcelona, cuando hace veinte años que cruzo a diario la M-30. Sin embargo los catalanes saben muy bien dónde moramos. Mi prima barrunta: “Pronto nos van a tratar aquí como a apestadas. Caeremos mal en la ciudad abierta”.

Me dirijo a una cárcel de mujeres, al Módulo 1 de Alcalá-Meco, a chupar realidad a fin de sanear el punto de vista. Huele a desinfectante; un intenso olor a nada. Me invita el diseñador Manuel Fernández —fundador del Fashion Art Institut; él diseña trajes y pintores de todo el mundo, de Manolo Valdés a Rafael Canogar o Juan Genovés, pintan las telas—, que acaba de impartir un taller junto a la Fundación Recicla Futuro, dedicada promover a la reinserción social y laboral. La moda es tan ubicua que se

cuele en todas partes, incluso entre rejas, entre mujeres que cruzaron la línea roja cargando kilos de droga en un doble forro del equipaje. Una colombiana llora. “Me ha dado el bajón: me quedan tres meses para salir, después de diez años...”. Todas se adaptan, aprenden a hacer pan. Las que saben coser, hacen trajes que ríete de Galliano, gracias al buen hacer de Fernández y a la ropa donada por un buen grupo de famosas: Cayetana Guillén Cuervo, Amaia Salamanca, Pastora Vega, Loles León... Les preguntó a qué le tienen miedo: “a los partes, a que te nieguen el permiso, y sobre todo a la palabra expulsión. Todas queremos quedarnos en España”, me responde una chica de veintipocos que se ha hecho mayor muy rápido. “Nosotras somos gitanas. A los once años ya no íbamos al colegio; yo no sé hacer nada. Robaba, pero solo a los turistas. Nunca me pillaron hasta que un día vieron mi cara en un video”, me cuenta Nadia, que tiene dos hijos pequeños esperándola en casa. Habitan un “pabellón de respeto” —así le llaman—, también los hay de semi-respeto, y luego están los problemáticos. Todas visten pantalones y deportivas, aquí no hay lugar para los vestidos. Forman parte de la población reclusa, que vive la realidad desde un punto de vista bien limitado. Los trajes ideados por Manuel Fernández, en colaboración



del sombrerero sevillano Tolentino, exfolian la imaginación: bolsos que se transforman en tocados, faldas convertidas en chalecos o pantalones con colas cosidas para auténticas princesas del asfalto. Al salir de Alcalá-Meco, la tarde cae despacio y calculo el espacio mental que dista entre una cárcel y una pasarela.

En París, esta semana se dio por clausurada la temporada de desfiles. El lujo cabalgó de nuevo en el Louvre o la Place Vendôme, ajeno a los problemas del mundo. Su punto de vista es indulgente y a la vez ambicioso, experiencial, un efímero pasaporte a la exclusividad. Louis Vuitton inauguró un auténtico bazar de exquisiteces, con la estatua del rey sol replicada al estilo de un becerro de oro. El desfile de Chanel se sucedió entre cascadas de agua instaladas dentro del Grand Palais. Un tropicalismo impostado, las modelos desfilando por un puente de madera y el equipo de Lagerfeld decidido a capturar la ilusión

del paraíso durante media hora. El montaje, según el New York Times, costó cuatro millones de euros Al terminar la colección de tweeds cubiertos de plexiglás, entré a curiosear en el backstage donde habilitaron un saloncito con butacas para que Karl saludara a sus invitados más célebres. El káiser de la moda entra cada temporada en Rolls-Royce dentro del palacio, a las ocho de la mañana. Cindy Crawford —que ahora va de madre de artista, junto a su hija Kaia Gerber— e Ines de la Fressange eran las más jóvenes del grupo. Karl hablaba de su amiga Madame Macron, tan juvenil como él, siempre vestida con cremalleras y faldas cortas. Al saludarlo, exclamó: “Oh là, là, les élections en Catalogne!” agitando las manos igual que un director de orquesta. Diego Della Valle, el mandamás de Tod's, por el contrario, me aseguró: “La Spagna è un grande paese. Brava Spagna!”. El punto de vista no solo crea el panorama, también lo exalta.